

de América que, adornados con sus vistosos pabellones, vienen á visitar aquellas aguas, cual si fuesen otros tantos cortesanos en el cuarto de recepcion de algun príncipe. El número de habitantes ha aumentado en más del doble; la ciudad ha echado abajo sus antiguas murallas, como un rio que sale de madre; un nuevo muelle se levanta frente al antiguo, como un rival que le disputa el triunfo; y la locomotora, al venir de Méjico, se pasea por los arrabales en otro tiempo desiertos, turbando con sus alaridos el silencio de aquellas soledades, y derramando la animacion y la vida en aquellas playas de tempestades, de tostadas arenas y de clima mortífero.

Se tiene apénas tiempo para bajar del tren, y ya se encamina uno hácia el mar. ¡Monstruo pavoroso de la naturaleza! ¡masa enorme que llegas en golpes repetidos sobre esa pequeña banda de tierra que no parece capaz de resistirte un solo momento! Se perciben ya á las nubes, esas grises é informes hijas del aire, aspirando en tu seno, con sus largos picos de nieblas, el agua que arrastrarán á gran pena y vendrán despues á devolverte; trabajo inútil y fastidioso que pudieran muy bien pasar por alto. Desde lo apartado de tus dominios nos traerás muy pronto á visitarnos al famoso viento norte, viejo *gruñon* que vendrá á hacernos oír su voz cavernosa y á repetir sus hazañas acostumbradas: se entretendrá en mover las arenas, en obstruir de escollos la costa, en destrozár algun barco y en formar de los pantalones de los transeuntes una especie de velas para acelerar ó retardar su marcha. Con razon la Holanda es un país tan triste:

no vive sino mediante su lucha constante con el Océano; ¡y no puede haber lugar sino á pensamientos siniestros y melancólicos cuando se tiene en presencia esa béstia feroz, ese enemigo que no descansa, esa inmensa sábana azul que amenaza á cada instante sepultarnos entre sus pliegues caprichosos!

Un capitán habla de la pérdida de su buque: otro individuo describe una tormenta en alta mar. Por todas partes presagios funestos. Mas hay que arrojar las supersticiones como un peso inútil; no tener fé en las doctrinas de los antiguos romanos sobre augurios; y desde ahora proponerse que, áun si se recibe un golpe en la cabeza el dia del casamiento, no por eso se dejará de ir al altar.

CAPITULO IV.

EL "WHITNEY."

Han pasado veinticuatro horas, y el viento hincha ya las olas: burbujas cada vez más considerables se levantan de la superficie líquida, con bordes cubiertos de espuma rizada. Un marinero ha venido á urgirnos para que nos embarquemos pronto, pues dentro de una hora no será posible llegar al vapor, y los baúles han sido trasladados precipitadamente á la proa de un bote, miéntras que varios pasajeros hemos tomado asiento en la parte de atrás.

No hay encanto comparable al que produce la rapidez. La vela latina de nuestra embarcacion la pone completa-

mente de costado y la hace tomar alguna agua; pero al mismo tiempo la hace rasgar las olas, como un cuchillo cortante, y volar entre torbellinos de ligera lluvia, cual si fuese un ave que sacudiera sus alas humedecidas. Los marineros que nos conducen son gente diestra. Han aprovechado el viento, y en algunos instantes nos hemos encontrado en el vapor.

El "Whitney," en el que debemos hacer la travesía para Nueva-Orleans, es un barco de ruedas destinado en otro tiempo á viajar por los rios de los Estados-Unidos, y que se resiente de su origen. Cala muy poco: se levanta mucho por encima del agua. Esto le da un movimiento insoportable. A los pocos instantes de haber llegado, cuando el norte arrecia, puede creerse que el ancla va á dejar su lecho de arena, y desde las ventanas del comedor distinguimos á la ciudad de Veracruz y á los buques que nos rodean en una oscilacion que marca un arco de muchos grados. Pocos son los que dejan de marearse á bordo: yo, sin embargo, puedo batirme con el mal de mar. Por de pronto vamos á la mesa: las cinco de la tarde: la campana ha sonado: volvamos á hacer conocimiento con los guisos americanos.

Sopa de cola de buey con *currie* es lo primero que hay anunciado en el *bill of fare*.

El *currie* es un picante usado en el país vecino para toda especie de salsas. Parece que procede de la India, y puede ser un alimento muy sano, pero para el que se necesita un paladar á propósito.

Las carnes, el buey, el pavo y el puerco, son bastante aceptables: mas existen clasificadas entre las legumbres

[*vegetables*] el maíz y el arroz hervido, y estos sí jamas he podido pasarlos.

De postres tenemos un *pudding* con miel de limon y otro con miel de canela; pasteles de *mince*; *cakes*; naranjas fritas, avellanas y almendras, que por fortuna no se les ha ocurrido cocer junto con las patatas.

No por eso hay que quedarse sin comer. El aire del mar ejerce benéfica influencia sobre el estómago. Si no se yace abatido en el camarote sin querer pensar en alimentos, se cae en el extremo opuesto; no se separa uno de la mesa sino hasta el oscurecer, y á las ocho y media se vuelve á pensar en algo que conforte.

Al entrar á acostarse hay que fijarse en una larga lista de advertencias y prevenciones. "Salva-vidas se hallarán bajo la cabecera de cada cama." "En caso de urgencia, las puertas y persianas, desprendidas de las visagras, pueden servir de preservadores." A la verdad, vale más no pensar en tales acontecimientos. Un baño de agua fria á media noche siempre ha sido desagradable; pero si el agua es salada y el estanque se llama Golfo de México, es preferible no refrescarse, aunque se tenga que privar á los peces del gusto que tendrían en que alguno llegara á formar parte de su personalidad interesante.

CAPITULO VII.

LA TRAVESIA.

En la tarde del día siguiente, las anclas se levantan; el vapor está ya en presión; pronto va á comunicarse el movimiento á las ruedas. Desde la cubierta del buque damos el último adiós á Veracruz: distinguimos toda la ciudad; la Casa de matanza y la Casa-Mata, la Alameda, San Agustín, la Aduana y el muelle inglés. Con el antejo se pueden leer los rótulos del Hotel de México y del Cambio de moneda; percibir la gente que se agrupa en el muelle para vernos salir; y dirigiéndolo sobre San Juan de Ulúa, se puede contemplar el faro, el *caballero alto* y aquel lugar lleno de cruces donde varios mexicanos fueron inmolados por el ejército francés.

La costa se va perdiendo poco á poco y el mar comienza á presentar su inmenso círculo azul, interrumpido apenas por la raya blanca que deja la estela del navío y por la línea negra que el humo de la chimenea extiende hasta los límites del horizonte. El sol acaba de ocultarse entre cortinajes carmesíes y la noche se aproxima arrojando su crespon fúnebre. Es la hora de la meditación y de los pensamientos sombríos. El firmamento se va cubriendo de nubes: no es ese el cielo que un amante haría brillar sobre la almohada de aquella á quien adora. El oleaje espumoso se hincha cada vez más: no

semeja los felices suspiros que el arrobamiento produce. Una voz solemne parece escucharse, que habla del peligro, de la posibilidad de dormir mañana con los muertos en la profundidad fría; allí, donde ni las palpitations del placer ni las lágrimas del dolor despertarían el corazón ni el ojo, sino que todo será preciso que esté en descanso. Para algunos ese lecho será un tesoro; para los que han agotado la copa de felicidad y á quienes una gota de miel no les queda por verter. Que no se llore por ellos; reposan en calma.

.....
.....
Mr. Johnson aprovechaba los últimos destellos de la tarde en examinar con una especie de microscopio las plantas de que venia provisto. Mr. Knight (otro de mis compañeros de ferrocarril), se dedicaba con su esposa á leer la historia del ejército del Sur durante la guerra de separación americana, y llegó á creer que pasará todos los días que dure el viaje entre el humo de aquellas batallas memorables.

Rodríguez, un comerciante español establecido en Veracruz, viene muy enfadado con los criados (negros en la mayor parte) porque no le entienden su magnífico castellano.

—Son unos bárbaros, dice, ¡no comprender el lenguaje más sonoro del universo!

Esto hace recordar aquello de Julio Verne: la lengua española está compuesta como las campanas, de 78 partes de cobre por 22 de estaño.

Aparece una señora acompañada de un joven joroba-

do, á quien llama Rigoletto (primero creí era un apodo, mas despues me dijeron era su nombre de bautismo); un Sr. Corona de Rosas, judío aleman, cuyo apellido me tomo la libertad de traducir; y Mr. Delisle, un frances con residencia en Hautusco.

—¿Saben vdes. cómo se hacen los fósforos? nos pregunta Corona de Rosas.

La pregunta nos sorprende.

—Estos americanos, agrega, no usan sino palitos que para nada sirven: yo voy á introducir en New-York los cerillos: estoy seguro de hacer un gran negocio.

Y para probarnos la bondad de su efecto, saca del bolsillo cuatro cajas de fósforos; mas en aquel momento su mercancía, que sin duda no es de las mejores, se incendia y le quema una parte de la levita, viéndonos obligados á apagar aquellos fuegos artificiales de nueva especie.

Iban tambien en el mismo vapor dos lindas jóvenes americanas con sus respectivas familias.

A una de ellas la conocia ya. Acababa de estar en México; habia sido allí objeto de adoraciones y causa de desafíos. Mas si sus apasionados hubiesen podido contemplarla en esa descomposicion de semblante que produce el mareo, con los botines sin abrochar, con un traje lleno de arrugas que pretendia ser de cazadora, en el que la única novedad consistia en hebillas y presillas de cuero para cerrarlo, cual si fuese una maleta; todo eso terminado por un sombrero fieltro y un gran ramillete sobre el estómago; dudo mucho que sus ilusiones se hubieran conservado, si es que las reglas de la estética eran para ellos algo atendibles.

Los pocos momentos que el mareo la dejaba libre los dedicaba esta jóven á dividir sus caricias entre un perro, dos loros y una ardilla, que sin duda habia sido cogida en la Huasteca Veracruzana. ¡Ah! me habia olvidado de un americano, especie de atleta, á quien la referida señorita acostumbraba abandonar su pié á la hora de la comida. Aquel botin, que no por estar sin abrochar dejaba de ser elegante, al traves de cuyas aberturas distinguíase una media gris que provocaba á tocarla, perdíase entre las anchas botas del favorecido amante. ¡Oh señores de México! ¡tomad alguna experiencia de lo que es la fidelidad en el bello sexo!

No era así la otra jóven, si hemos de juzgar por las apariencias. Sus grandes ojos azules en los que siempre se encontraba una mirada lánguida y modesta; su severidad continua; su boca casi inmóvil; su porte irreprochable, hacian comprender que aún entre las americanas existen esos tipos ideales y poéticos, que son siempre nuestro encanto. La familia de ella participaba de su aspecto simpático. El padre era un anciano de cara redonda, patillas grises y de lente de oro: la madre, una señora llena de distinción, en cuyo semblante se observaba el mismo tinte melancólico que en la hija.

Así entre esas personas, conversando, leyendo y tomando notas, se pasaron dos dias y algunas horas de navegacion.

CAPITULO VIII.

COMO SE RECIBE AL EXTRANJERO EN TEXAS.

Las costas de Texas se distinguen á lo léjos con el antejo; multitud de gaviotas rodean nuestra casa flotante, y algunas embarcaciones con sus velas desplegadas interrumpen la línea del horizonte.

Estamos cerca de Galveston. La tierra de Texas produce cierto amargo sentimiento en el corazon de un mexicano. No es posible borrar los recuerdos de 1836; no es posible olvidar que ahí, en esos lugares, comenzó á desgarrarse el seno de la patria, pagando con ingratitud algunos colonos la hospitalidad que se les habia ofrecido.

Era preciso quitarse esos recuerdos observando el puerto.

El vapor avanzaba rápidamente por un canal marcado con boyas. A la derecha, un faro: á la izquierda, una construccion redonda, que dicen es otro faro. En el fondo, anclados unos cuarenta barcos de todas dimensiones y formas. Hemos dejado atrás otros veinte, á la entrada de la rada. El buque llega hasta el muelle. No hay más que pasar por una tabla y se está en la ciudad. Rodriguez me ha invitado á que lo acompañe.

Recorremos juntos algunas de las calles de Galveston. Hay buenos establecimientos mercantiles, algun movimiento, casas de ladrillo de dos ó tres pisos con ventanas que anuncian cierto rigor en el invierno. Nos llaman

la atencion unas grandes ruedas de cuatro metros de diámetro, unidas por un eje, que suponemos sirven para trasportar palos de buque. Entramos á un restaurant, donde nos dan pescado, cangrejos y beefsteak; donde no nos dan vino, porque solo se expende allí cerveza. Hacemos gasto de este líquido tan consumido en la Union Americana. Volvemos al buque, y nos encontramos con el registro de nuestros equipajes.

Los tres empleados de la Aduana, que tenemos delante, son lo más brutal que puede conocerse en materia de dependientes fiscales. Pertenecen, sin duda, al *rough people* americano, pues tienen suprimida por completo la educacion, como si fuera artículo de contrabando. A su porte grosero y desagradable, agregan una escrupulosidad en las funciones de su empleo, que no es creible esté prevenida por las leyes de los Estados-Unidos. Los tabacos que traemos para nuestro uso personal nos son arrebatados, sin duda, porque el aduanero ha descubierto que proceden de buena fábrica. Nosotros se los hubiéramos regalado; pero que no desarreglen tan bruscamente los objetos todos de nuestras maletas. Los libros revueltos y confundidos; la ropa blanca tocando con sus bordes el filo de un bote de pomada; las corbatas queriéndose introducir en los secretos de las cajas de esencias..... Todo es obra del aduanero. ¡Mas qué veo! ¡los corsés, que por encargo llevo á una de las mujeres más estimables de San Francisco, profanados por aquella tosca mano! Eh, señor dependiente del fisco, ¿qué estais haciendo? ¿no sabeis que esas son fortificaciones que jamas se toman? ¿que las plazas que resguardan, se entregan las más veces, pero que nunca es permitido asaltarlas?

La cólera empieza á hacerse sentir en mis nervios: me vuelvo hácia otro lado y encuentro á Rodriguez renegando, á Corona de Rosas enseñando pacíficamente una serie de fistles y de cajas de fósforos, detallando todos sus usos, lo que no impide que le sean decomisados. Despues de un registro de cuatro horas para unos cuantos baúles, la bodega se ve al fin libre de aquella plaga. Pero Rodriguez no está satisfecho. Grita que los americanos son unos bárbaros, y en su deseo de vengar en los bienes de algun ciudadano de la Union unos cuantos cigarros que ha perdido, arroja al mar por la ventana del camarote los vasos, la botella, la aljofaina y la jarra, y no hace lo mismo con las colchas de la cama, porque teme que en la noche haga frio y no tenga con que cubrirse.

CAPITULO IX.

LOS PRIMEROS PASOS EN LA LUISIANA.

—¿Estamos ya anclados? pregunté el dia siguiente á Mr. Delisle, al entrar este á mi camarote.

—No: me contestó. ¿No oye vd. el movimiento de las ruedas?

—¿Por qué, pues, los silbidos de la máquina?

—Tenemos una espesa niebla.

—¿Dónde nos encontramos?

—Estamos en el Atchafalaya.

Me levanté y ví en efecto las riberas de esa corriente de agua, que comenzaban á distinguirse al irse disipando la neblina. Ya eran arboledas impenetrables, ya campos cubiertos con yerba seca, que al principio tomé por plantaciones de trigo. Nuestro vapor venia seguido por otro, que podia considerarse su imagen surgida de las aguas: tanto así se le parecia. Descubriáanse tambien pequeños botes entregados al blando empuje de sus velas semi-infladas. Al cabo de media hora, llegamos á Morgan City.

—¿Qué le parece á vd. esta pequeña poblacion de la Luisiana? me preguntó Mr. Johnson.

—Tiene pocos habitantes; pero su movimiento parece ser de alguna consideracion.

—En efecto, se siente aquí varias veces al dia la trepidacion que producen los trenes.

—Y un puente de fierro se está construyendo sobre el rio, y aun los letreros indican actividad de tráfico: "Money exchange," "Meals at all hours," "Boarding and lodging house."

—Mucho es debido al empeño que la casa Morgan ha tenido por proteger este lugar.

—Lo creo.

—Mas de este empeño nosotros somos las víctimas; tendremos que esperar aquí algun tiempo para continuar el viaje.

—Esto servirá para que vd. me dé algunos pormenores sobre este país tan interesante.

—¿Conoce vd. su historia?

—Sé que la Luisiana fué francesa y española ántes de ser americana: mas ahí llegan todos mis conocimientos.

—En efecto, el primer establecimiento colonial en este país fué fundado por Iberville en 1698.

—Perdonad; he oído hablar ántes de La Salle.

—Su expedición no tuvo éxito: naufragó en el Golfo de México. El jefe, despues de haber escapado con algunos de los suyos, fué asesinado por ellos, á causa de supuestos agravios.

—¡Es todo un drama!

—Mas despues, bajo el gobierno de Bienville, la colonia comenzó á prosperar. En 1718 fué descubierto el lugar donde hoy existe Nueva-Orleans, aunque la ciudad no llegó verdaderamente á fundarse sino cuatro años despues. En 1733 una partida de emigrantes alemanes, que bajaban el rio, fué detenida por concesiones de terrenos en las orillas, siendo este el principio del elemento germánico en la poblacion. Los padres Jesuitas llegaron en 1727.....

—Siendo á su vez expulsados en 1763 por decreto de Clemente XIII.

—Sí, pero entonces tenian ya un millon ochocientos mil pesos, en cuya suma fueron vendidas sus propiedades.

—Siguió despues la dominacion española.

—Exactamente. La Luisiana fué cedida á España en 1769 y su primer gobernador fué el general Alejandro O'Reilly.

—¿En ese mismo año apareció por primera vez la fiebre amarilla?

—Fué importada en un buque inglés que venia de Africa con esclavos.

—La Luisiana fué por último devuelta á Francia en 1801

—Pero solo la conservó Napoleon dos años para venderla á los Estados-Unidos en diez y seis millones de pesos.

—¡Ruinoso negocio!

—La Luisiana no producía entónces sino 300 libras de añil, 20,000 balas de algodón y 5,000 barricas de azúcar.

—¡Buena diferencia con lo que es hoy!

En aquel momento fué hora de tomar el tren y la conversacion quedó interrumpida.

CAPITULO X.

DE MORGAN CITY A NUEVA-ORLEANS.

Bien habia yo dicho que Napoleon hizo un mal negocio al vender la Luisiana á los americanos en diez y seis millones de pesos. Esas tierras vírgenes cubiertas de cipreses, esas anchas cintas de agua, esa atmósfera pura, esa vegetacion espléndida, no pueden ser apreciadas en dinero. La locomotora nos conduce al traves de compactos bosques semi-inundados, en los que los árboles reflejan en las aguas su imágen y los cocodrilos vienen á dormir sobre los troncos caidos; selvas impenetrables donde el hacha ha efectuado algunas aberturas, bien para formar campos de caña, bien para tender en todas direcciones rieles. Pequeñas barracas indican las habitaciones